

Las circunstancias en que se desarrolló el cristianismo contribuyeron á inspirar á los cristianos el presentimiento del próximo fin de todas las cosas. En los primeros siglos de la nueva era, calamidades inauditas cayeron sobre los pueblos: pestes, enfermedades terribles y desconocidas, hambres y falta de poblacion; vino, por último, la decadencia del Imperio. Los paganos achacaban estos males á los cristianos. Estos no podían negar la coincidencia del cristianismo y de la caída del mundo antiguo; pero no sabían cómo explicarla. Unos decían que todas las calamidades debían atribuirse á la idolatría de los paganos, á su obstinacion en el error. Otros confesaban que el mundo degeneraba, pero lo atribuían á la consumacion de los tiempos que se acercaba. Tal era la opinion de San Cipriano (1): «El mundo, dice, camina hácia su ruina. No está en su vejez, sino en la decrepitud, signo de una muerte próxima. Ha llegado el tiempo nefasto del Antecristo. Todo perece. El hombre se hace viejo y muere; de la misma manera el mundo debe perecer. Ahora bien; todos los signos manifiestan que la tierra ha llegado á la edad de su disolucion. En invierno faltan las lluvias para fertilizar los sembrados; en verano el calor para madurar los frutos; la primavera ha perdido sus encantos, el otoño su fecundidad. Las canteras de mármol, las minas de oro y plata se agotan, los manantiales se secan.» El cuadro que traza Cipriano de la especie humana es todavía más triste: «Los niños nacen calvos, la vida no termina por la vejez, sino que empieza por la decrepitud. La despoblacion aumenta, las tierras no tienen quien las trabaje, el mar ve pocos navegantes, los campos están desiertos. Las costumbres siguen esta misma decadencia: ya no hay inocencia, ni justicia, ni amistad; hasta la inteligencia va faltando. Tal es, añade Cipriano, la ley general de la naturaleza; los rayos del sol poniente son pálidos y carecen de calor; la luna disminuye insensiblemente hasta desaparecer; el árbol, que en otros tiempos nos deleitaba con su sombra y con sus frutos, se seca; la fuente, que con sus abundantes aguas apagaba nuestra sed, apenas deja filtrar algunas gotas. Dios ha impuesto esta ley á la crea-

(1) CYPRIAN., *De immortal.*, p. 469, D: 470, A; *Exhortat. ad Martyr.*, p. 514, A; *ad Demetriad.*, p. 453 y sig.

cion: todo lo que nace, crece, decrece y muere.» El santo obispo termina con estas poco consoladoras palabras: «No hay que esperar que disminuyan los males que azotan á los pueblos; irán aumentando hasta que llegue el día del juicio final.»

Los Padres griegos del siglo IV, lo mismo que los apóstoles, encuentran en el temor que debía inspirar el fin del mundo un motivo para exhortar á la penitencia y á la enmienda: «*Dentro de poco tiempo*, dice Gregorio Nacianceno, *el mundo se acabará*; perdonemos, pues, á nuestros enemigos para que, á nuestra vez, alcancemos el perdon de nuestros pecados» (1). Crisóstomo repite sin cesar lo mismo: «*No tardará en venir el Señor*» (2). «Ya se han cumplido todas las señales; el Evangelio ha sido predicado en toda la tierra; ha habido guerras, temblores de tierra, hambres: *el fin del mundo se aproxima, y tal vez llegue antes de que pase la generacion presente*» (3). Se concibe qué peso daba esta creencia á las palabras del elocuente orador, cuando exhortaba á los fieles á renunciar á este mundo pasajero y á ocuparse de su salvacion eterna: «Cuando está á la puerta la resurreccion, ¿hemos de ir á contraer matrimonio ó á acumular riquezas? Abracemos más bien la pobreza y dediquémonos á una filosofía que nos será de alguna utilidad en el otro mundo. El que sale de una casa pobre para entrar en un palacio ¿carga con los mezquinos muebles que va á abandonar? El acusado que va á comparecer ante la justicia olvida su mujer, sus hijos, su alimento; no se preocupa más que de una sola cosa: su defensa. Pues más motivo tenemos para obrar así nosotros que vamos á comparecer ante el tribunal de Dios, para dar cuenta de nuestras acciones, de nuestras palabras y de nuestros pensamientos. No pensemos en las cosas presentes; no deben ser para nosotros ni motivo de alegría ni motivo de pena; no pensemos más que en el terrible día del juicio» (4).

Pudiéramos omitir los testimonios de otros Padres de la Igle-

(1) GREGOR. NAZ., *Orat. XVII*, p. 272 y sig.
 (2) CHRYSOST., *De Pentecost. Homil. 1, 5* (t. II, p. 466, B.); *Homil. in illud: Propter fornicationes uecorem* (t. III, p. 198, B.); *in Johann. Homil. XXIV, 3* (t. VIII, p. 200, B.); *in epist. ad Hebr. Homil. XXI* (t. XII, p. 193, D.).
 (3) *IBID.*, *in Matth. Homil. XX, 6* (t. VII, p. 268, A.).
 (4) *IBID.*, *De Virgin.*, 73 (t. I, p. 325 y sig.).

sia, pero ya que la obstinacion llega hasta negar la evidencia, haremos la cuestion más evidente todavía. Nada prueba más lo extendida que se hallaba la creencia del fin del mundo que la uniformidad de pensamientos y de expresiones que se encuentran en los Padres. Escuchemos á San Efremio; diríase que sigue hablando Crisóstomo: «El reino de los cielos va á venir. Los signos, los prodigios que Dios ha anunciado se han realizado; las pestes, los temblores de tierra, las guerras, las emigraciones de los pueblos..... Ha llegado el tiempo de la cosecha; las espigas están maduras. El siglo se acerca á su fin (1). Los dias, los meses y los años pasan como los sueños y las sombras de la noche; y de repente llega el grande, el terrible dia del juicio.... Hélo aquí» (2). San Efremio, lo mismo que San Crisóstomo, exhorta á los cristianos á la penitencia porque se acerca el juicio final: «Somos como unos viajeros que tienen que hacer un largo camino; descansan de sus fatigas, y cuando despiertan ya el dia va adelantado; vuelven á ponerse en marcha, pero el cielo se cubre de nubes, ruge la tempestad, retumba el trueno, cae el rayo. Sorprendidos por la tormenta, los viajeros no pueden ni volver á su asilo ni llegar á su casa. Velemos sobre nosotros mismos; procuremos que el último dia no nos coja desprevenidos: estemos preparados» (3). El pensamiento de este dia terrible subyuga á San Efremio; vuelve á él incesantemente. Uno de sus sermones representa este momento supremo con tan espantosa precision, que parece que se presencia el drama que pone término á los destinos humanos (4).

Jerónimo fué testigo de la caída del Imperio. Cuando la Ciudad Eterna fué presa de los Bárbaros y el mundo romano no fué más que una gran ruina, ¿quién no hubiera creído en la consumacion de las cosas? Sin embargo, no se fundaba en estas desgracias la creencia en el fin del mundo; el signo más seguro era el que Je-

(1) EPHRAËM, *Beatitudines* (t. I, p. 296, B. C.).

(2) IBID., *De Judic. et Compunctione* (t. II, p. 50, B; 54, A.); *Adhortat. ad monachos* (t. II, p. 375, C.); *De secundo adventu* (t. III, p. 378, D. E.).

(3) IBID., t. III, p. 478, E. F. C. *Sermo ascet.*, t. I, p. 44, 69; *De poenitent.*, t. I, p. 152 y sig.; *In secundum adventum Domini*, t. I, p. 167 y sig.

(4) IBID., t. II, p. 192, 212, 377. MR. VILLEMMAIN ha hecho un análisis de este célebre discurso en su *Cuadro de la elocuencia cristiana*, p. 263.

sucristo mismo habia señalado: cuando el Evangelio haya sido predicado á todas las naciones. Jerónimo creía que este momento estaba cercano, porque casi todas las naciones, dice, tienen conocimiento del Evangelio (1). Hé aquí una vez más un error cristiano de los más singulares. Puede decirse que se remonta hasta Jesucristo. Por una parte anunciaba que sus contemporáneos habian de ver la consumacion de los siglos; por otra decia que el *Evangelio del reino* habia de ser predicado por toda la tierra habitable, y que despues de esto vendria el fin del mundo (2). ¿Pues qué idea se formaba Jesucristo de la tierra habitable, ó qué esperanzas abrigaba acerca de la propagacion de la *buena nueva*? San Pablo va más allá: dice que el Evangelio ha sido ya predicado á todo el mundo (3). Despues de esto no debemos asombrarnos de nada. Sin embargo, habia algunos espíritus ménos entusiastas que veían un poco más claro. Agustín creía, lo mismo que Jerónimo, que el fin del mundo se acercaba de dia en dia. Pero se expresa con más reserva; se fija ménos en los signos que en la predicacion del Evangelio. Cuando la *buena nueva* haya sido predicada á todas las naciones llegará el fin del mundo: tales son las palabras de Cristo. Ahora bien; el Evangelio no ha penetrado todavía en todas partes; ejemplo las razas salvajes de Africa (4).

En el siglo v los Bárbaros inundaron el Imperio. Comprendemos que los que fueron testigos de aquel cataclismo hayan creído en el fin de todas las cosas. *Gregorio el Grande*, al comentar las palabras de Lucas acerca de los signos que han de preceder al fin del mundo, dice: «Una parte de estos signos han aparecido ya; temamos la aparicion de los demas. Las naciones se apresuran; los imperios caen á nuestra vista con una rapidez inaudita. Innumerales ciudades han sido destruidas por temblores de tierra. Sufriremos la peste sin intermision. No vemos aún los signos que deben aparecer en el sol, la luna y las estrellas, pero la perturbacion de

(1) HIERONYM., *Commentar. in Matth.* IV, 24 (t. IV, p. 115): «*Quod aut jam completum, aut in brevi cernimus esse complendum.*»

(2) MATEO, XXIV, 14.

(3) PABLO, *Rom.* I, 8; X, 18;—*Coloss.* I, 5, 6, 23.

(4) AUGUSTIN., *ep.*, 197-199.

la atmósfera nos anuncia que no tardarán mucho. » Gregorio llama sobre estos signos la atención de sus oyentes, para que no se duerman en la indiferencia y en la seguridad. Deben estar dispuestos á presentarse delante de su juez (1). El papa escribe al emperador Mauricio : « Los tiempos se han cumplido : el cielo encendido, la tierra ardiendo, los elementos en fuego nos anuncian que el formidable Juez va á aparecer con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, con los Principados y las Potestades » (2).

Hemos llegado á la invasion de los Bárbaros. Con ella se abre la era en que la humanidad marcha todavía. Durante los cinco siglos que acaban de trascurrir ni un solo discípulo de Cristo sospechó siquiera que el Hijo de Dios habia venido á inaugurar una nueva era de la humanidad. Todos, sin excepcion, tomaron al pié de la letra las palabras de su maestro acerca del próximo advenimiento del reino de Dios. Esto se comprende si el cristianismo es una institución humana ; porque es ley de los hombres el proseguir su camino á través de la ignorancia y de las tinieblas. Es completamente inconcebible si el cristianismo es obra de Dios. ¿ Se concibe á Dios equivocándose, ó lo que aún es más estúpido, se concibe á Dios engañando á los hombres, predicándoles el próximo fin de todas las cosas y continuando en este error ó en este engaño durante siglos? Verdaderamente se debería enviar á una casa de locos á los defensores de una doctrina que conduce á semejantes absurdos.

No hemos acabado aún con los absurdos cristianos. Jesucristo habia anunciado la próxima realizacion de su reino. La generacion que, segun sus promesas, debia ver aquel acontecimiento prodigioso se acabó y no vió nada. Era necesaria una fe muy robusta para no concebir alguna duda acerca de la próxima venida del Mesías. Pero, si la fe tiene el poder de trasportar las montañas, en cambio es tan ciega que no ve la luz del sol. Los Padres de la Iglesia al comentar las palabras de Jesucristo no pensaron ni en

(1) GREGOR., in *Evang. Homil.* I, 1, 1 (t. I, p. 1436).—C. MORAL., XXXI, 54; *Dialog.* III, 38.

(2) GREGOR., *epist.* III, 65 (t. II, p. 677).

eludir la letra del texto por medio de una interpretacion más ó ménos forzada ; creian firmemente, á pesar de los desengaños que cada dia proporcionaban los hechos á su fe, que el último dia se acercaba (1). ¿ Pero cuál habia de ser este dia? Esto es lo que los cristianos preguntaron durante siglos, y los pocos creyentes que aún esperan el próximo fin del mundo lo preguntan hoy todavía. Nunca hubo curiosidad más natural, y no faltaron profetas, empezando por San Juan, para satisfacerla. San Juan fué mal profeta, pero esto no desanimó á sus sucesores. Podrian llenarse volúmenes con los cálculos que se han hecho para precisar el último dia de nuestro pobre mundo. Algunos rasgos de estas aberraciones cristianas bastarán para nuestro fin.

Lactancio no calculaba más de 200 años hasta el fin de los siglos. San Hilario, suponiendo que Jesucristo ha nacido en el año 5500, creia que habia llegado ya la época del Antecristo; le parecia que el mundo no podia durar más que el siglo en que él vivia. Segun otros cálculos, debian pasar 430 años desde el bautismo de Jesucristo hasta el fin del mundo (2). El año 397 Hilarion escribió una obra acerca de la *Duración del mundo* (3). Se disputaba acerca del principio y del fin del mundo; unos pretendian que no se podia saber nada, otros decian que el mundo era eterno. El autor se propone probar que el mundo debe durar 6000 años; 5530 habian pasado hasta la Pasion; por consiguiente el mundo debia terminar el año 498 de la era cristiana. Pasó el año 498 y el mundo no pereció. Sabido es el inmenso terror que se apoderó de la cristiandad en el siglo X: el año 1000 debia ser el término de la vida de la humanidad. Pasó el año 1000 y la humanidad sigue viviendo todavía. Pero no vivirá mucho tiempo, si hemos de creer á un escritor católico de nuestros dias. El abate Rohrbacher ha calculado, fundándose en las profecías de Daniel, que el imperio del mahometismo acabará en 1882, y que á mediados del siglo XX el Evangelio reinará en toda la tierra (4). Lo que nos tranquiliza un

(1) CHRYSOST., *Homil.* 24, in *ep. ad Rom.* (Op., t. IX, p. 694 y sig.).

(2) LACTANT., VII, 25.—HILAR., c. *Auwent.*, c. 5, p. 1264: *Tract. in Psalm.* 118, p. 312.—HIERONYM., in *Ezech.* I, 4 (Op., t. III, p. 721).

(3) *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. VI, p. 373-376.

(4) ROHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. III, p. 48, 92.

poco es que el mundo debió ya haber perecido el 23 de Octubre de 1844, segun un profeta americano que no dejó de encontrar... no se si diga creyentes ó tontos. Los sectarios no quisieron recoger la cosecha por temor de tentar á la Providencia en aquel momento terrible. Todas las tiendas de Boston pusieron á la venta trajes de ascension. Dos habitantes de New-York pasaron la noche del 22 de Octubre en oracion envueltos en sus sudarios. Una multitud de fieles, vestidos con trajes de ascension se habian reunido en un tabernáculo, orando devotamente y esperando á cada momento la consumacion final (1). Todavía están esperando.

IV.

¿Se nos dirá que atribuimos al cristianismo locuras dignas de Bedlam? Hay otras muchas aberraciones cuya responsabilidad le corresponde. Nada más extravagante que las visiones de los milenarios; sin embargo, se remontan hasta la Sagrada Escritura, hasta el libro conónico más antiguo, el Apocalipsis de San Juan, el discípulo predilecto de Cristo. Pero no sería justo hacer á San Juan único responsable de los sueños del milenarismo; no era más que el órgano de una opinion general; todos los cristianos, empezando por los apóstoles, estaban convencidos de que Jesucristo habia de venir á inaugurar el reino de Dios al fin del mundo, y acabamos de ver que se tenía éste por inminente. Tal es el fondo del milenarismo. Hasta en los detalles del mesianismo y del milenarismo hay tales analogías que es imposible no reconocer que esta última creencia se deriva de la primera. Veamos primeramente los testimonios que nos ofrecen los Evangelios acerca del Mesías y del reino de Dios.

Hay señales que anuncian la venida del Mesías. Tales son la corrupcion y las calamidades inseparables de ella; la guerra, el hambre, la peste, los eclipses, los temblores de tierra irán creciendo con la impiedad, la apostasía y todo género de crímenes. Despues aparecerá en el cielo un astro extraordinario, y resucitará un pro-

(1) *Revista británica*, 1851, Enero.

feta para predicar la venida del Mesías. Llega por último el Antecristo, á un tiempo hombre y demonio, que concentra en sí todas las fuerzas del inferno, como para provocar la intervencion de un personaje divino. Entónces viene el Mesías á fundar el reino de Dios.

Unos concebían este reino como la restauracion de Israel, otros como una regeneracion moral que llevaba consigo el perdon de los pecados y la conversion de los gentiles. La resurreccion de los muertos, el juicio de los réprobos, la bienaventuranza de los justos inauguraban el reino de Dios. Creíase que era necesario un nuevo mundo para la humanidad regenerada. En cuanto á la felicidad que se esperaba en él, era más ó ménos material, segun las antiguas preocupaciones de los Judíos (1).

Tales son los rasgos esenciales de las tradiciones mesiánicas. No faltaba en ellas más que un detalle acerca de la duracion del reino de Dios para constituir el milenarismo. La cifra de mil años se refiere á los cálculos acerca de la duracion del mundo. El mundo creado en seis dias no debia durar más que seis dias, es decir, seis mil años, porque mil años á los ojos de Dios no son más que un dia. Faltaba determinar la edad de la tierra á la venida de Cristo; habia várias opiniones; pero todas estaban conformes en considerar muy próximo el cumplimiento de los seis mil años (2). Entónces debia abrirse la era palingénésica. La creencia dominante era que los seis dias de trabajo irian seguidos de un dia de sábado ó de descanso para el mundo: durante mil años Jesucristo habia de reinar con sus santos. Esta esperanza de un reino visible de Jesucristo durante mil años es tan antigua como el cristianismo; se remonta hasta San Juan. En el Apocalipsis encuentra el milenarismo su principal apoyo (3). San Ireneo, uno de los primeros milenarios, reclama para sí la autoridad de los apóstoles (4). San Justino y muchos fieles participaban de esta opinion: fun-

(1) Véanse los detalles y testimonios en REUS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 132-136.

(2) LACTANT., *Div. Inst.*, VII, 25.

(3) APOCALIPSIS, c. 20.—HIERONYM., in *Ezechiel*. XI, 38 (t. III, p. 965).—EPIPHAN., *Haeres*, 77, 26.

(4) Dice que los discípulos de SAN JUAN lo han creído (*Haeres*. IV, 33, 4).

dándose en las profecías de Ezequiel y de Isaías, dice que Jesús reinará durante mil años en Jerusalén, «reedificada, adornada y engrandecida» (1). Según Tertuliano, se había visto en su tiempo en los aires durante cuarenta días la imagen de la nueva Jerusalén (2). El milenarismo acabó por formularse, si no en artículos de fe, por lo menos en una creencia positiva (3), definida hasta en sus menores detalles. Escuchemos á Lactancio:

«El mundo toca á su fin. La iniquidad, la maldad han llegado á su colmo; sin embargo, la edad actual es casi una edad de oro comparada con el desbordamiento de males que van á sobrevenir. No habrá ya ni fe, ni ley, ni paz, ni pudor, ni verdad.... Toda la tierra será trastornada; la guerra lo hará temblar todo. La espada viajará por el mundo, segándolo todo y trastornándolo todo como un haz de trigo. La causa de esta desolación y de esta carnicería es que el nombre romano, que hoy gobierna al universo, desaparecerá de la tierra. Me horrorizo de decirlo, pero lo digo, porque así ha de ser: el Oriente recobrará su imperio, el Asia reinará nuevamente y el Occidente será sometido. Entonces vendrá un tiempo detestable, abominable. La vida no será agradable para nadie. Las ciudades serán destruidas hasta sus cimientos, por el hierro y por el fuego, por continuos temblores de tierra, por inundaciones.... La tierra no producirá ya frutos para el hombre.... Los animales morirán....

» Después se oirá la trompeta, cuya lamentable voz, según la predicción de la Sibila, resonará en el cielo. Todos temblarán al oír su fúnebre sonido. La cólera de Dios lanzará contra los hombres injustos el hierro, el fuego, las enfermedades, y lo que aún es más espantoso, el temor nunca interrumpido.... Reinará gran soledad en la tierra; apenas subsistirá la décima parte del género humano.

» Después, cuando se acerque la consumación de todas las cosas, enviará Dios un gran profeta que tendrá el poder de hacer mila-

(1) JUSTIN., *Dialog.*, c. *Tryph.*, 80.

(2) TERTULL., c. *Marcion.* III, 24.

(3) IBID., *ib.*: «*Confitemur in terra nobis regnum repromissum.... Haec ratio regni terreni, post cujus mille annos, intra quam aetatem concluditur sanctorum resurrectio, et quae sequuntur.*»

gros y que convertirá á los hombres.... Cuando haya cumplido su misión aparecerá un rey en Siria, hijo del demonio, destructor del género humano. Combatirá al profeta divino, lo vencerá y lo matará.» Este es el Antecristo, «el profeta de las mentiras; se proclamará Dios y se hará adorar como Hijo de Dios; tendrá el poder de hacer prodigios y obligará á los hombres á adorarle. Desolará la tierra durante cuarenta y dos meses. Para evitar el contacto de los malos, los justos huirán á los desiertos. El rey, irritado por la cólera, vendrá con un gran ejército para apoderarse de los justos. Estos se dirigirán á Dios é implorarán el socorro del cielo. Dios los escuchará.» Cristo va á aparecer. Sigue después la lucha del hijo de Dios con el Antecristo. Solamente después de cuatro batallas serán vencidos los impíos. El Antecristo y aquellos á quienes ha seducido serán encadenados y condenados al suplicio. Después que la impiedad haya sido destruida logrará el mundo por fin disfrutar reposo.

Entonces Cristo reinará durante mil años sobre los hombres. Lactancio compara este reinado con la edad de oro soñada por los poetas: «Las tinieblas que envuelven el cielo se disiparán, la luna tendrá la claridad del sol y estará siempre llena. El sol será siete veces más brillante que hoy. La tierra producirá por sí misma mieses abundantes; la miel destilará de las rocas; el vino correrá por los arroyos, habrá ríos de leche. Las fieras no se alimentarán ya de sangre; los leones y los corderos pacerán juntos; el niño jugará con las serpientes....» (1).

¡Cosa extraña! Los hombres no eran capaces ni aún de imaginar en sus sueños una sociedad pura de los vicios que manchaban al mundo antiguo. La mayor parte de los milenarios creía que los santos ocuparían el tiempo de su reinado en placeres físicos (2) y que tendrían esclavos para su servicio. En su orgullo, los cristianos, lo mismo que los judíos, se imaginaban que las naciones extranjeras habían de cultivar para ellos la tierra y les habían de

(1) LACTANTI., *Divin. Inst.*, VII, 15, 16, 17, 19, 24.—C. IRENAEUS, c. *Haer.* V 25-36.—HIERONYM., *in Isai.*, XV, 54 (t. III, p. 396); XVIII, pr. (t. III, p. 478). ID., *in Zachar.*, III, 14 (t. III, p. 1796).

(2) HIERONYM., *ep.* 150, Q. 2; *in Isai.*, IV, II (t. III, p. 101).

proporcionar todas las riquezas del mundo (1). No todos los milenarios participaban de estas ideas materiales, pero la mayor parte creían en ellas firmemente (2).

Los Padres de la Iglesia acabaron por rechazar el milenarismo. Sin embargo, en el siglo IV este error era todavía común. Jerónimo, que no participaba de él, no se atrevía á condenarle, en razón del gran número de autores eclesiásticos y de mártires que lo profesaban (3). Agustín confiesa que ha creído en un reino espiritual de Jesucristo, pero rechaza disgustado el materialismo de los milenarios (4). Una circunstancia fortuita contribuyó á desacreditar el milenarismo en la Iglesia, y es que las sectas se apoderaron de él: desde entónces la creencia en un reinado de mil años fué condenada como herética (5). Sin embargo, los sueños de los milenarios no perdieron nunca por completo su crédito. ¿Quién lo creería? ¡Todavía hay milenarios en el siglo XIX! En 1843 se publicó en Lóndres una *Defensa del Milenarismo* (6). El fondo de estos sueños sigue siendo el *Apocalipsis*. En 1843, lo mismo que hace dos mil años, se anunció que se acercaba el fin del mundo, puesto que había ya llegado el Antecristo. Hace siglos, en efecto, que ha llegado, porque para el escritor inglés el Antecristo es el Papa. En 1858 un doctor alemán, fundándose en las Sagradas Escrituras, predijo la próxima realización del reinado de mil años de Jesucristo sobre esta tierra: Jerusalén será la capital, y los Judíos convertidos volverán á adquirir su antigua dignidad de pueblo elegido (7).

(1) ORIGEN., *De Princ.*, XI, 2.

(2) EUSEB., *Hist. Eccl.*, VII, 24.

(3) HIERONYM., *in Isai.*, lib. XVIII (t. III, p. 478); *in Ezechiel.*, XV, 38 (t. III, p. 965).

(4) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XX, 7.

(5) NEANDER., *Geschichte der christlichen Religion*, I, 2, p. 1124.

(6) *An Apology for Millenarianism*, by JOHN GRIFFITH MANSFORD.

(7) RIEMANN., *Die Lehre der heiligen Schriften vom tausendjährigen Reiche*. 1858.

§ II.—Apreciación.

En vista de los detalles de que acabamos de ocuparnos, debe admitirse como cierto el hecho de la creencia en el próximo fin del mundo, y en la realización del reino de Dios sobre esta tierra. Es también cierto que Jesucristo y sus apóstoles, así como todos los Padres de la Iglesia, estaban imbuidos en estas esperanzas. En fin, es sobradamente evidente que la cristiandad ha sido durante muchos siglos juguete de una ilusión parecida casi á un sueño. Sin embargo, esta creencia constituye, en cierto modo, el fondo del cristianismo primitivo; desempeña un papel tan considerable en el establecimiento y propagación de la religión cristiana, ha ejercido una influencia tan decisiva sobre el dogma y sobre la concepción de la vida, que necesitamos detenernos aún en ella para considerar sus efectos.

Escuchemos á un predicador del siglo V. San Eukerio, arzobispo de Lyon, escribió un tratado acerca del *Desprecio del mundo*. Después de haber demostrado que las riquezas y los honores no tienen nada que deba interesarnos, hace ver que el mundo mismo no es apetecible porque se acerca su fin: «¿Qué hablamos de las riquezas perecederas de este mundo cuando el mundo mismo se acerca á su fin? ¿Podemos tomar interés por una vida que va á extinguirse? La tierra sucumbe bajo el peso de sus años. Así como los ancianos padecen mil achaques, así vemos que abundan en el mundo las miserias, el hambre, la peste, las guerras, las devastaciones, los terrores. Véanse los signos que aparecen en el cielo, los temblores de tierra, el trastorno de las estaciones, las monstruosidades: todos estos prodigios anuncian el desfallecimiento de los tiempos. El apóstol creía ya en el próximo fin del mundo. ¿Qué esperamos, pues? ¿Por qué dudamos? El último día, no solamente de nuestra vida, sino del universo, ha llegado..... ¡Mirables de nosotros! ¡El peligro de nuestra muerte no basta para